

El trabajo de las amas de casa

Ana Bas Cortada

Ana Bas Cortada: Socióloga argentina. Cursos y estudios de especialización en el Instituto Torcuato Di Tella y Fundación Bariloche. Autora de varios trabajos de campo e investigación sobre problemas sociales.

Si admitimos que el trabajo humano aplicado sobre la naturaleza es el único poder capaz de regularla; si aceptamos que en la definición de trabajo humano se incluya ahora también el trabajo de reproducción biológico social del individuo - la procreación, la lactancia, la socialización y la crianza temprana de los niños en su edad de mayor desvalimiento -, la pregunta directriz que corresponde hacerse desde una perspectiva científico-social revolucionaria es: ¿quién ha dirigido, organizado y se ha apropiado de este trabajo específico - hasta ahora incommensurable - realizado exclusivamente por las mujeres en todo el transcurso de la historia hasta nuestros días?, ¿cuándo enajenaron las mujeres, o por qué motivo no desarrollaron históricamente su capacidad de participar activamente en la dirección y gestión de su fuerza "natural" propia, regulando, ordenando y administrando su capacidad de reproducción humana como parte del conjunto de la organización social?

A partir de formulaciones teóricas de nivel macrosocial se responde a estas preguntas adoptando como categoría central del análisis las "tareas domésticas", que afectan hasta hoy a todas las mujeres adultas.

Históricamente, la capacidad humana ha ido aplicándose a la regulación o control de las potencialidades contingentes de la naturaleza: a la fecundidad de tierras, hembras y mujeres, regidas en un comienzo por el azar. Paulatinamente, el primer estadio humano primitivo "natural", se va transformando en "cultural" y socialmente organizado.

Quizás, pensamos, el problema se remonta a los oscuros tiempos biológico-instintivos, donde simultáneamente a la división sexual del trabajo en el proceso de reproducción y crianza de seres humanos, se va gestando la primera organización social que lo acompaña. La división del trabajo por sexo - de raíces biológicas para la reproducción de la especie - se traslada paulatinamente a la cultura, cristalizándose en valores e instituciones.

Primitivamente la fertilidad de la mujer era esencial, absoluta. La mujer era tierra y semilla; su fertilidad era sagrada: ella también. Cuando el vínculo hombre-mujer en la procreación se hace consciente, la capacidad humana de reproducción se dobla: el varón es la semilla, el hacedor; la mujer la tierra, el recipiente. Aprovechando la posición de la mujer más vulnerable, más dependiente de la naturaleza, el varón "procreador" se sentirá con el derecho a subordinarla, prevaleciendo la ley "natural" del derecho de los más fuertes como germen de la sociedad hasta nuestros días. El varón se apodera de la capacidad procreadora de la mujer - primera particularidad de su fuerza de trabajo - y de su producto - la descendencia, fuerza de trabajo futura - administrándolas, dirigiéndolas y organizándolas. Las instituciones políticas y religiosas validarán esta apropiación, esta primera relación humana de dominación, como "natural".

Las mujeres productoras y finalmente "bocas de expendio" elegidas por la naturaleza para la reproducción de la especie humana, quedaron así desligadas de la organización de la reproducción - de la política de la reproducción humana - y sujetas a los aspectos instrumentales de la misma: a la solución de los problemas prácticos derivados de la conservación de la prole y, por extensión, al cuidado de los medios de vida necesarios (alimentos, vivienda, abrigo). De este modo, las mujeres adultas quedaron, y aún están, afectadas por la carga de las "tareas domésticas".

EL PROCESO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA

El modo de producción capitalista es un sistema de producción generalizado con mercancías con un alto grado de desarrollo de la división social del trabajo. En él se produce la separación del productor directo de los medios de producción y de su

producto, y la difusión del mercado como elemento mediador entre la producción y el consumo. La fuerza de trabajo - capacidad física e intelectual de realizar trabajo - adquiere por primera vez la condición de mercancía, y la extracción de plusvalía, o valor excedente creado en el proceso de trabajo, es el requisito de supervivencia del sistema.

Al separarse por primera vez en la historia de la humanidad la producción del consumo, se desarticula la autosubsistencia, y el dinero pasa a ser el equivalente universal. La masa de expropiados de sus condiciones materiales de vida sólo puede acceder a su subsistencia vendiendo lo único que poseen: su propia fuerza de trabajo, que, en tanto mercancía, es intercambiada por la expresión monetaria de su valor, por su precio o salario. Este valor se determina, como en cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción, por la cantidad de trabajo que encierra. Este tiempo depende de las condiciones sociales medias de producción y del grado medio de destreza e intensidad del trabajo imperantes en la sociedad.

La fuerza de trabajo es la única mercancía capaz de transferir el valor de los medios de producción empleados en el proceso de trabajo y, simultáneamente, crear valor nuevo - plasmando trabajo durante un tiempo equivalente al necesario para la producción de sus medios de vida y agregando trabajo más allá del necesario para su propia reproducción. Esta creación de valor, esta posibilidad de valorizar el capital, se lleva a cabo en la medida en que aparece un trabajo que excede las necesidades de subsistencia y que permanece impago. Es la plusvalía. Su apropiación por el poseedor de los medios de producción y su realización posterior en la venta del producto es el motor dinamizador del modo de producción capitalista.

Como ya dijimos, el valor de la fuerza de trabajo se determina por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Contiene, en consecuencia, trabajo pretérito, trabajo muerto empleado antes de su venta en el mercado - en la procreación y socialización, en la alimentación, el cuidado de la salud y la calificación e instrucción - en la gestación y el desarrollo de la persona humana, cuyas energías y conocimientos serán empleados en el futuro en la esfera de la producción. El valor de la fuerza de trabajo contiene, en síntesis, el trabajo invertido en la creación de los bienes necesarios para la subsistencia producidos bajo relaciones de producción capitalistas - bienes ofrecidos en el mercado e intercambiados con el salario -, y el trabajo necesario para que estos productos satisfagan las necesidades para los que fueron adquiridos - trabajo doméstico no retribuido -, realizado en la unidad familiar o esfera doméstica que, al incorporarlos como materia prima de nuevos pro-

ductos, transforme lo crudo en cocido, lo sucio en limpio, el desorden en orden, lo desprolijo en planchado y cosido, la escasez en satisfacción, el vástago humano en persona.

La fuerza de trabajo viva actual es el producto de una larga acumulación colectiva que se pierde con el origen del hombre. El capitalista actual sólo compra fuerza de trabajo presente, en tanto la del reemplazante del trabajador actual es una mercancía potencial, que sólo en un futuro determinado estará en condiciones de generar plusvalía. En consecuencia, la producción y mantenimiento de esta fuerza de trabajo futura deberá realizarse fuera de la órbita directa del capital.

El valor del salario es, en realidad, equivalente sólo al costo diario de mantenimiento de la fuerza de trabajo del productor directo, al valor del conjunto de mercancías que debe adquirir en el mercado para vivir, más el costo de los servicios de transformación de estos productos en bienes directamente consumibles; no incluye, en cambio, el costo de manutención de su descendencia.

EL TRABAJO DOMÉSTICO

Si bien el capitalista desembolsa, para pagar al trabajador, el propio trabajo materializado de éste, cuando lo contrata por primera vez no desembolsa nada; no paga, en consecuencia, el tiempo de trabajo materializado de su madre. Para llevar a cabo la renovación generacional deberá realizarse necesariamente una redistribución del salario dentro del hogar, y deberá haber siempre fuerza de trabajo gratuita disponible. De este modo se accede, por un lado, a los bienes de subsistencia necesarios para toda la familia que se encuentran disponibles en el mercado y, por otro, se desarrolla un trabajo extra de transformación por parte del miembro adulto no asalariado: del ama de casa. Este trabajo - trabajo vivo del ama de casa - pasa a formar parte del trabajo muerto cristalizado en la fuerza de trabajo, del valor total de la mercancía fuerza de trabajo.

El trabajo doméstico, que no encuentra su equivalente monetario en el mercado, permanece oculto en tanto trabajo, en tanto parcela de trabajo social. La fuerza de trabajo aparece como un don de la naturaleza; el discurso ideológico burgués refuerza el mito.

En tanto trabajo productor de mercancías - fuerza de trabajo el trabajo doméstico crea valor; en tanto trabajo creador de valor no retribuido, pasa a engrosar el total del trabajo impago realizado en la esfera de la producción - trabajo excedente - y es

apropiado por el capitalismo cuando contrata al trabajador. En tanto crea un valor superior al capital desembolsado en la compra de fuerza de trabajo - no tiene en cuenta el trabajo pasado necesario para su producción -, permite aumentar la cuota de plusvalía relativa, mediante la reducción del tiempo de trabajo necesario provocada por la exclusión, del valor total de la fuerza de trabajo, de la parte alícuota de valor creado en la esfera doméstica.

En síntesis, el trabajo doméstico, creador de fuerza de trabajo, es, en tanto satisface una necesidad social, socialmente necesario. Es un trabajo social, más organizado en forma privada. En tanto no se realiza bajo la dirección centralizada del capital, ni asume las formas cooperativas ni de división del trabajo de la producción capitalista, no encierra la asignación de tiempos de trabajo determinados. No se puede aplicar, en consecuencia, la utilización del tiempo como medida del trabajo, ni los conceptos de productividad y eficiencia que caracterizan a éste en la esfera de la producción capitalista. Sin embargo, hay un problema previo, más insondable por estar oculto, derivado de los límites confusos de esta "mercancía" tan especial que es la fuerza de trabajo. Esta, como mercancía, es una necesidad social; pero al ser un atributo de la vida humana, es también una necesidad individual. Se presenta por un lado como un objeto social, y por otro como un objeto natural, concebido en forma abstracta y no como el producto de relaciones sociales históricamente determinadas.

El trabajo doméstico, el trabajo del ama de casa, en tanto genera vida, produce para la autosubsistencia creando valores de uso. Mientras no se advierta con claridad esta dualidad, se continuará afirmando que el ama de casa sólo crea valores de uso para sí y su familia.

En tanto el trabajo doméstico no sea visualizado como una porción del valor de la mercancía fuerza de trabajo, será imposible medir el caudal de trabajo no remunerado. Seguirá siendo una cosa "en sí", no conocida ni cognoscible.

TIEMPO DE TRABAJO DE LAS AMAS DE CASA

A partir de las formulaciones teóricas de nivel macrosocial esbozadas anteriormente, y adoptando como categoría central del análisis las "tareas domésticas", efectuamos un estudio del tiempo de trabajo empleado por las amas de casa en la Capital Federal y Gran Buenos Aires.

Según el Censo de Población y Vivienda de 1980, son amas de casa las personas que no trabajan remuneradamente y se dedican al "cuidado del hogar". Forman parte de la población denominada no económicamente activa junto a jubilados, estudiantes, rentistas, presos e inválidos. Es decir, su inclusión en la categoría de población no activa no deriva de su edad (jubilados y estudiantes) o de incapacidades físicas o inhibiciones judiciales (inválidos y presos), sino precisamente por su "condición de actividad". En 1980 estaba al cuidado del hogar el 52% de la población femenina total de 14 años y más.

Se entrevistaron en la Capital Federal y Gran Buenos Aires a 150 amas de casa en hogares de cónyuges con dos hijos y cuyo trabajo doméstico fuera su actividad exclusiva. (Los hogares de cuatro miembros representan en la Capital Federal el 48% y en el área metropolitana el 52%).

Las funciones de producción y mantenimiento de la fuerza de trabajo se tradujeron en las tareas concretas de cocina, socialización, orden y limpieza del hogar, compras, lavado, planchado, costura y tejido.

La mitad de las entrevistadas tiene entre 31 y 45 años y su educación es mayoritariamente baja. En el 75% de los hogares ingresan entre uno y dos y medio salarios mínimos y aproximadamente la mitad de los casos estudiados ha realizado algún curso de capacitación específica, como puericultura, cocina, repostería, corte y confección o bordado y tejido, aumentando de este modo la calidad de lo producido con su trabajo.

- la prolongación de la jornada de trabajo del ama de casa, lo que ciertamente tiene límites infranqueables.

- un aumento en el rendimiento del trabajo.

- una redistribución cooperativa del trabajo doméstico entre los miembros más cercanos: hijas mayores, abuelas, etc.

- la disminución del nivel o "calidad de vida" en el hogar.

En cuanto a la relación entre el nivel de ingresos del hogar y el tiempo de trabajo doméstico diario, el análisis de los datos demuestra que varían en relación inversa - a menores ingresos, más tiempo de trabajo - : las amas de casa de bajo nivel de ingreso trabajan una hora y cuarto más diarias en promedio que las de nivel alto, y

media hora más que las de nivel medio. Por otra parte, los ingresos medios y bajos se corresponden con una mayor dispersión o heterogeneidad horaria.

Un aspecto importante a destacar está referido a la calidad de lo que se produce dentro del hogar. Si bien el salario fija los límites objetivos de la calidad de vida esperable para cada unidad doméstica, el número de horas dedicado por el ama de casa a sus actividades, combinadas con el grado de destreza, interés, creatividad y capacitación en su aplicación pueden promover variaciones significativas, hasta quizás favorecer condiciones de ascenso o descenso relativos en la posición social.

La influencia del factor instrucción sobre el tiempo de trabajo no es tan lineal como la de los ingresos. En los tres niveles de educación es similar la proporción de amas de casa que trabajan entre ocho y doce horas; cuando el tiempo excede las doce horas diarias, la proporción con educación superior es menor. Curiosamente, la mayor proporción de quienes trabajan por encima del promedio horario corresponde al nivel de instrucción medio. Quizás podría pensarse que éstas son las que proporcionan el mayor "tiempo de espera" desocupado hasta alcanzar la efectiva entrada al mercado en la dura competencia que libran los trabajadores entre sí. La mayor duración de este "tiempo de espera" condicionaría la posición a alcanzar, independientemente de otros factores que lo rigen, ya que es equivalente a trabajo adelantado que, en este caso, proporciona el ama de casa y que el "trabajador jefe de familia" negociará, como mediador, según su capacidad y voluntad, con el capital en el mercado de trabajo. Las diferentes medidas de "tiempo de espera" que son capaces de adelantar las amas de casa dependerá, a su vez, de su nivel socioeconómico, su instrucción y su grado de productividad o rendimiento.

En cuanto a la edad de las amas de casa, las más jóvenes tienden a trabajar más tiempo diario que las mayores. Los pocos casos estudiados no permitieron especificar las causas de esta tendencia, que probablemente esté relacionada con el ciclo vital de los hijos. Sí, en cambio, de la interpretación de los casos estudiados surge claramente una relación estrecha entre la edad de los hijos y el tiempo de trabajo doméstico diario: casi las dos terceras partes de las entrevistadas con hijos pequeños - menores de 6 años - supera el promedio diario (10.28 hrs.), frente a un 40% de las que tienen hijos mayores de 12 años.

NIVELES DE RENDIMIENTO

Dado que el objetivo de este estudio era medir el tiempo de trabajo diario y las condiciones que afectan a su variación, se trató de completar el análisis cruzando el tiempo promedio dedicado a las tareas domésticas con los datos proporcionados por una escala de autoevaluación de su desempeño profesional, comprobándose que a una evaluación positiva corresponde un menor tiempo de trabajo diario y viceversa. Sería interesante verificar, con un mayor número de casos, si esta tendencia está relacionada con la que surge cuando se describen los niveles de rendimiento, donde se comprueba que la mayor eficiencia se correlaciona positivamente con menores promedios de tiempo. A partir de la autoevaluación expuesta, se extrajeron los contenidos y significados subjetivos y subyacentes a dicha clasificación para construir una tipología constituida por cuatro grupos:

1. Organización: agrupa a las entrevistadas que centran el desempeño del rol en el orden, la limpieza, la buena administración y el ahorro.
2. Armonía familiar: enfatiza el rol de esposa y madre, haciendo hincapié en el no conflicto y armonía familiar.
3. Integración: caracteriza a las amas de casa que combinan simultáneamente las dos perspectivas anteriores.
4. Otras: incluye perspectivas variadas del ejercicio del rol. Un 56% de las entrevistadas pertenecen al primer grupo, y 10%, 6% y 28%, respectivamente, a los demás.

Con respecto al tiempo de trabajo promedio diario dedicado a cada una de las tareas domésticas (cocina, socialización, orden y limpieza del hogar y otras actividades), éste oscila en tres horas. Sin embargo, este comportamiento horario presenta diferencias según cual sea la actividad, destacándose por contraste la distribución entre cocina y socialización. En cocina, dos terceras partes de las entrevistadas se concentran en el tiempo de trabajo promedio, mientras que en socialización están mucho más dispersas.

Cuando se busca especificar las condiciones que hacen variar la asignación del tiempo de trabajo a cada uno de los rubros, llamativamente se constata que no hay diferencias significativas en relación al ingreso familiar y sí, en cambio, en relación al nivel de instrucción de la entrevistada. A pesar de ello, las amas de casa de nivel bajo y menor instrucción dedican globalmente una hora y cuarto más que las de-

más al orden y limpieza y al lavado y planchado. Un dato que debe ser tenido en cuenta es que en el grupo de baja instrucción, muy pocas amas de casa ocupan tiempo en el rubro socialización.

Sin olvidar que esta experiencia se circunscribe a 150 casos, su análisis reveló algunos hallazgos que pueden abonar fecundas hipótesis a verificar. Se construyó un índice de eficiencia que sumaba, como indicadores, el control del tiempo de trabajo, la capacidad de organización de las tareas, el grado de innovación e interés puestos en su realización y la aptitud para administrar los ingresos familiares. Con este instrumento se comprobó que la mayor eficiencia va asociada a tiempos más breves en la realización de las tareas domésticas. Una deducción interesante es que las amas de casa más eficientes que dedican más tiempo del promedio, y las menos eficientes que dedican menos tiempo, constituirían los extremos - alto y bajo - del "rendimiento" del trabajo doméstico.

Caracterizar, definir y cuantificar cabalmente qué porción de beneficio-bienestar aporta el trabajo doméstico a los hogares, junto a los indicadores clásicos de nivel socioeconómico como ingreso, educación o vivienda, podría constituirse en una valiosa herramienta operativa para reconceptualizarlos según nivel de calidad de vida. Téngase en cuenta que el menor tiempo de trabajo doméstico implica riesgo de disminución de la calidad de vida cuando no es sustituible por los mayores ingresos, fundamentalmente en lo referente a aquellos aspectos menos mercantilizadoss como, a modo de ejemplo, la consolidación y recomposición del equilibrio psíquico y emocional del grupo familiar.

Finalmente, nos gustaría agregar que la mujer ama de casa, ocupada en generar vida ininterrumpidamente, al no estar remunerada queda atada a su función reproductiva y dependiente del trabajo remunerado de otros. Jurídicamente la esposa está actualmente obligada a seguir el domicilio que el esposo elija, privándola de la libre movilidad para buscar trabajo remunerado, al mismo tiempo que se les niega un reconocimiento social objetivo de su trabajo a través del salario. En consecuencia, el ama de casa no es una trabajadora "libre", porque no posee la movilidad ocupacional característica de todos los otros trabajadores. Las mujeres están ligadas, en primer término, a la reproducción, crianza y manutención de la fuerza de trabajo presente y futura; no tienen, por tanto, las mismas oportunidades para disponer de su fuerza de trabajo, ofreciéndola libremente en el mercado. Pero además de lo que las mujeres no tienen, los varones ganan con el trabajo doméstico de ellas: el "tiempo de espera" desocupado con la consiguiente movilidad ocupacional y lo que es aún más importante, el poder de negociar junto a su fuerza de trabajo

en el mercado, la de su mujer, obteniendo simultáneamente un reconocimiento objetivo: el salario.

Finalmente, y en una segunda instancia, el capital obtiene dos unidades de fuerza de trabajo con un salario, el que por otra parte no paga la reposición futura de la fuerza de trabajo, sino que la obtiene gratis.